

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

En el seno de la Democracia Cristiana italiana son habituales las disensiones, pero pocas veces han tenido tanta resonancia como ahora. Son discusiones internas que alteran la calma de este partido confesional, sobre todo cuando están cerca unas elecciones para el Congreso, y los codazos y las zancadillas son moneda corriente.

'Il maledetto imbroglio'

ESTE COMPLICADO y actualísimo enredo político italiano comenzó cuando Giulio Andreotti, después de la disolución por renuncia del anterior Gobierno que él presidía, fue encargado por Cossiga para que formase otro equipo ministerial a fin de solventar la crisis. Andreotti aceptó, claro que sí, y no tardó en acudir al palacio del Quirinal para presentar al presidente de la República, Francesco Cossiga, un recompuesto Gobierno basado, como el anterior, en la alianza llamada pentapartido, que ya no lo era, pues el Partido Republicano se descabalgó o fue descabalgado por los cuatro partidos restantes. En fin, ese nuevo Gobierno, apoyado ahora por el cuatripartido, muy semejante al anterior, recibió los plácmes de Cossiga, y empezó a realizar sus labores, como antes.

Éste ha sido el séptimo Gobierno que preside Andreotti en su espectacular y jesuítica carrera de hombre público. La causa de la anterior crisis fue múltiple, pero en el fondo latía el desacuerdo ante un posible cambio en la más alta magistratura del Estado, o sea, convertir al presidente de la República en un cargo votado por todos los ciudadanos y no por los parlamentarios, como lo es ahora. Aquella crisis fue alentada precisamente por Cossiga, pero también, y más de tapadillo, por Andreotti.

Se trataba y se trata de modificar el artículo 138 de la actual Constitución, que establece los requisitos para ser modificada ella misma, y que ahora dice que cualquier alteración en su articulado ha de ser aprobada por el Parlamento. Pero los que desean modificar tal artículo quieren que sea el pueblo el que lo decida, mediante un referéndum, y no los parlamen-

tarios. Si ese referéndum saliera adelante y el pueblo eligiera directamente quién debiera ser su presidente, Italia pasaría de ser una República parlamentaria a convertirse en una República presidencialista, y el papel del presidente dejaría de ser representativo o figurativo, como hasta ahora (preside, pero no gobierna), y su poder se haría sentir en el país.

Pero el nuevo Gobierno cuatripartito ha dejado apartada, de momento, la cues-

tión del referéndum para el cambio constitucional, pues está a la espera de que las uvas maduren. Esta situación extraña puede parecer inconcebible y hasta incomprensible si no se conoce la complicada y sibilina rebotica política italiana, en la que se suelen preparar fórmulas magistrales sorprendentes.

Tanto el presidente de la República, Cossiga, como el primer ministro, Andreotti, pertenecen, como militantes, a la

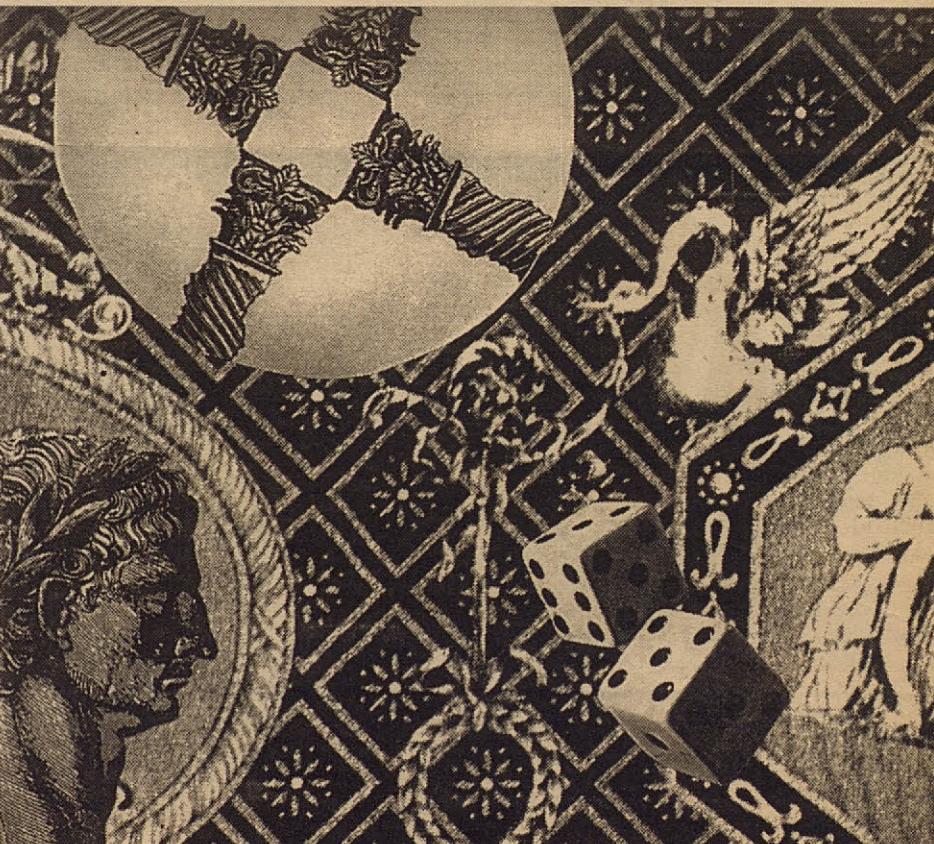
Democracia Cristiana; pero no todo son flores ni todo es armonía en esa formación política. El presidente del partido democristiano, Ciriaco De Mita, se ha enfurecido: ha acusado a su correligionario Cossiga de excederse en sus prerrogativas y de haber actuado, en todo este asunto, más como promotor o parte interesada que como garante de las instituciones republicanas. Ha descendido al tuteo para decirle a Cossiga: "Has puesto las instituciones bajo acusación, y casi has obligado a los partidos políticos a instaurar un nuevo ordenamiento en el Estado".

Pero Cossiga juega fuerte. Le ha respondido: "Me gustaría saber si el secretario democristiano, Arnaldo Forlani, piensa igual que De Mita". Cossiga sabía ya la respuesta del amansado Forlani, que ha dicho: "La corrección constitucional del presidente Cossiga está fuera de discusión y tiene todo el reconocimiento convenido de la mayoría de los democristianos". Eso del reconocimiento "convenido de la mayoría del partido" no es cierto, pero Forlani está amparado y empujado muy claramente por Cossiga y, más en la penumbra, por el *tapado* Andreotti. De Mita ha quedado en una situación que roza el ridículo, y que llevaría a cualquiera a dimitir por motivos de salud. Pero él no lo hará.

En el seno de la Democracia Cristiana son habituales las disensiones, pero pocas veces han tenido tanta resonancia. Son discusiones internas que alteran la calma de este partido confesional, sobre todo cuando están cerca unas elecciones para el Congreso, y los codazos y las zancadillas son moneda corriente. Dicen que en los conventos religiosos ocurre algo parecido, pero nunca con vistas a la calle, que yo sepa, pues la elección de un nuevo superior sigue las pautas de un cónclave para nombrar un nuevo Papa.

Italia sigue, emocionada, como si de una *partita de calcio* se tratase, estas complicadas jugadas, estos pases de la muerte y estos goles espectaculares. Dos empresas solventes dedicadas a realizar encuestas de opinión dan una abrumadora mayoría a las tesis y a la actuación del presidente Cossiga, apoyando así la celebración del referéndum que, de llevarse a cabo, ganaría de calle la opción partidaria

→ Pasa a página 16



UNA CIERTA tradición del análisis político suele insistir en que las elecciones locales o regionales son elecciones de segundo orden, es decir, comicios

En